

La hechura de la política: costuras entre la historia social y el género*

Karin Grammático *

(IIEGE/FFyL/UBA-UNAJ)

Resumen

En este ensayo se explicita parte del recorrido de una investigación que se propuso reconstruir la historia de la Agrupación Evita, el frente de mujeres que Montoneros lanzó en septiembre de 1973 y que formó parte del abanico de agrupamientos territoriales que desarrollaron el trabajo político de esa organización político-militar durante el primer quinquenio de la década del '70.

El texto focaliza en los insumos teóricos y metodológicos utilizados en dicha indagación, con énfasis en los modos en que se hicieron presentes en ella la historia política, la historia social y la historia de las mujeres y de género.

Palabras clave:

Agrupación Evita – Montoneros - Historia política - Historia social - Género.

Abstract:

This article reports the research process that was carried out to reconstruct the history of *Agrupación Evita*, the women's political organization created by *Montoneros* in 1973. The piece focuses on the theoretical and methodological input used in the investigation and places special emphasis on the dialogue between political history, social history, women's history and gender history.

Keywords:

Agrupación Evita – *Montoneros* - Political history - Social history - Gender.

* Agradezco a Cristiana Schettini y Silvana Palermo los materiales, la conversación y la lectura.

* Historiadora. Investigadora del Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (UBA) y profesora regular de la Universidad Nacional Arturo Jauretche (UNAJ). Sus principales intereses en materia de investigación están vinculados a temáticas del pasado reciente argentino, especialmente las referidas a la militancia política. Entre sus publicaciones más recientes se cuentan: *Mujeres montoneras. Una historia de la Agrupación Evita, 1973-1974* (Buenos Aires, Ediciones Luxemburg, 2011) y las compilaciones (en colaboración) *No tan distintas. Mujeres en Argentina y Canadá en la escena contemporánea* (Buenos Aires, Biblos-ASAEC, 2010) y *De minifaldas, militancias y revoluciones. Exploraciones sobre los '70 en la Argentina* (Buenos Aires, Luxemburg, 2009).

Historia política: desafíos de su escritura actual, a partir del ejemplo concreto

El presente texto es un *ensayo breve* que pretende ofrecer al lector un panorama de los insumos teóricos y metodológicos utilizados en una investigación histórica concreta, desarrollada bajo las condiciones que impone la escritura de una tesis de posgrado (de maestría más específicamente). Luego de la presentación del “caso concreto” y los objetivos que persiguió la pesquisa, detallaré, con las libertades que brinda el género del ensayo, cada uno de los elementos de ese panorama y sus engarces. Por último, unas palabras finales que reflexionan sobre el ejercicio realizado para este dossier.

El 19 de septiembre de 1973 –cuatro días antes de la celebración de las elecciones en que se votaría un nuevo presidente para la República– tuvo lugar en la Plaza Once de la ciudad de Buenos Aires el acto de cierre de campaña que la Juventud Peronista (Regionales) organizó para concluir su proselitismo en favor de la candidatura de Juan D. Perón. Ese entusiasta y multitudinario encuentro también fue el escenario de otro acontecimiento sin duda más pequeño pero que guardaba un sentimiento especial para muchas de las militantes allí reunidas. En efecto, poco antes de que finalizara la reunión se leyó un mensaje que informaba sobre la constitución de la Agrupación Evita, definida en la ocasión como la “expresión radicalizada del peronismo dentro de la Rama Femenina”. Se trataba de un nuevo frente de masas creado por la Organización político-militar Montoneros cuya misión se desdoblaba en dos objetivos principales: formar y organizar políticamente a las mujeres peronistas (fundamentalmente de los sectores populares) y llevar adelante múltiples y variadas acciones tendientes a mejorar sus condiciones de vida, las de sus familias y las comunidades donde habitaban.

Si bien la Juventud Peronista (Regionales), mejor conocida por su sigla JP, fue desde su conformación el principal brazo político de Montoneros, entre los meses de abril y septiembre de 1973 su tarea militante en la territorialidad se vio fortalecida con la fundación de nuevos agrupamientos de alcance nacional tales como la Juventud Universitaria Peronista (JUP), la Unión de Estudiantes Secundarios (UES), la Juventud Trabajadora Peronista (JTP) y la ya mencionada Agrupación Evita. A ellos se sumó luego, en el mes de octubre, el Movimiento Villero Peronista (MVP), que por la especificidad de su trabajo contó con una representación acotada, circunscripta a la Capital Federal, Entre Ríos y Santa Fe.

Para Montoneros, estos frentes jugaron un papel importante en el diseño de una nueva estrategia política que no desconocía el peso determinante de una coyuntura signada por el establecimiento de un gobierno constitucional y peronista. Así, con el desarrollo de las iniciativas y actividades de este conglomerado de organizaciones, la conducción montonera pretendió alcanzar no sólo una mayor inserción en el campo popular sino también un mejor posicionamiento en su lucha contra los sectores ortodoxos del peronismo por el control del gobierno y del Movimiento. En tal sentido, la creación de la Agrupación Evita cumplía con este doble propósito. Por un lado, un contacto político más profundo con las mujeres; por otro, contar con una línea propia que le garantizara la posibilidad de luchar por el control de la Rama Femenina, cuya dirigencia comulgaba en la “Patria Peronista”.

Durante su corta existencia –sus actividades se suspendieron poco después de la decisión de la cúpula montonera de retomar el camino de la clandestinidad y la lucha armada, el 6 de septiembre de 1974–, la Agrupación Evita concretó una amplia gama de actividades tales como la implementación de programas de salud para la niñez y las mujeres madres, la coordinación de actividades recreativas y educativas destinadas a la infancia y la reparación, acondicionamiento y saneamiento de viviendas particulares, salas de primeros auxilios y escuelas. También demandó la construcción de más guarderías y jardines maternos, denunció el encarecimiento de la canasta familiar y supo acompañar varios reclamos por el aumento de salarios de los trabajadores.

Historia política: desafíos de su escritura actual, a partir del ejemplo concreto

De este frente femenino de cuño montonero se ocupó la investigación que desarrollé en el marco de la Maestría en Investigación Histórica de la Universidad de San Andrés y que luego se convirtió en libro.¹ Aunque breve, el devenir de la Agrupación Evita revela una gran espesura para la indagación histórica. Alejada de la preocupación de algunos compañeros del taller de tesis que temían que fuese apenas un “sello de goma”, desde un comienzo la consideré como una valiosa oportunidad para escrutar varias cuestiones caras a los intereses del pasado reciente argentino, sobre todo para el período 1973/1976. La intuición fue corroborada. La Agrupación Evita fue el prisma a través del cual exploré las relaciones de Montoneros con los gobiernos justicialistas; los modos en que los frentes de masas montoneros se construyeron como tales y se vincularon con su organización madre; la lectura de género que Montoneros hizo de la política; su posición acerca del papel de las mujeres en la lucha revolucionaria en general y en el seno de la propia organización en particular.

Pero había otra faceta de la Agrupación Evita que me interesaba explorar: sus protagonistas. ¿Quiénes eran las mujeres que le dieron forma como frente político, ya sea como responsables, ya sea como simpatizantes? ¿Cuál era la procedencia política de sus dirigentes y qué reacciones provocó en ellas ese nuevo destino que significaba conducir un agrupamiento exclusivamente femenino? ¿Qué tipo de vínculos establecieron con las mujeres de los sectores populares que se acercaron a participar de las propuestas? ¿Las diferencias socio-culturales existentes entre ellas tallaron de alguna manera en el desarrollo político de la Agrupación Evita? ¿Qué pensaban unas y otras de su militancia en el frente femenino? ¿Provocó esa militancia algún cambio en sus vínculos personales y políticos? Estos interrogantes guiaron la pesquisa y buscaron ser respondidos a lo largo de la investigación. Así, una de sus hipótesis principales sostiene que la Agrupación Evita dio lugar a una particular experiencia política de mujeres que permitió que muchas de sus integrantes cuestionaran, de manera incipiente, los lugares de subordinación que ocupaban en sus relaciones de pareja y familiares, en el ámbito público y en el de la militancia.

Como una tejedora que elige de entre un canasto lleno de hilos de colores y grosores diferentes aquellos que considera los más adecuados para confeccionar su tela, recurrí a un conjunto de variadas herramientas conceptuales y metodológicas que me permitieron componer la historia de la Agrupación Evita. Con ellas tejí la mezcla que sostuvo la investigación. En los renglones que siguen haré el proceso inverso: destramaré esa tela para dar cuenta de los hilos que la hicieron posible.

Por algunas inquietudes ya expuestas que la estructuraron, la investigación admite ser inscrita en el reverdecido campo de la historia política que, alejada ya del acontecimiento y de los grandes hombres, demuestra desde hace varias décadas una sostenida vitalidad, una potencia que se asienta en la renovación de las temáticas y los abordajes y que ha permitido una aproximación a la política más enriquecida, compleja y sofisticada.² El nuevo lugar que ocupan en su agenda problemáticas tales como la ciudadanía y la construcción de las identidades colectivas; el mayor interés por la prensa, el pensamiento y el lenguaje políticos y las cuestiones vinculadas con la representación y la participación; la centralidad que han adquirido temas tan disímiles entre sí como las elecciones y las biografías políticas y la profundización de sus diálogos con la historia intelectual y cultural son persuasivos ejemplos de este nuevo tono de la historia política.

¹ La tesis fue dirigida por el Dr. Daniel Lvovich y evaluada por las Dras. Isabella Cosse y Lila Caimari. Luego esa investigación dio lugar al libro *Mujeres montoneras. Una historia de la Agrupación Evita, 1973-1974* que publicó la editorial Luxemburg en 2011. A todos ellos, una vez más, les expreso mi gratitud por haber posibilitado un recorrido fecundo para mi trabajo.

² Alonso, P. (1997) “La reciente historia política de la Argentina del Ochenta al Centenario”, en *Anuario IEHS* 13: 393-418.

Historia política: desafíos de su escritura actual, a partir del ejemplo concreto

El hilo de la historia política se trenzó con los de la teoría feminista y los estudios de género y de ese modo compuse la urdimbre. Estos últimos resultaron cruciales a la hora de decidir el modo de escrutar la política y de argumentar por qué lo que sucedió en el seno de la Agrupación Evita fue una experiencia política protagonizada por mujeres que provocó efectos también políticos.

Desde la enunciación de aquella consigna de los años setenta “lo personal es político”, el pensamiento feminista ha impactado de múltiples maneras y sobre diferentes ángulos en varias áreas del conocimiento humano. No es casual que una de las más consideradas sea la teoría política. Como lo señala Carme Castells: “los diversos componentes del feminismo comparten dos rasgos genéricos: la consideración del problema de la subordinación y opresión de las mujeres como un problema de, básicamente, poder político; la convicción de que para resolver dicho problema la teoría y la práctica políticas desempeñan un papel fundamental”.³

Sobre la teoría política, las intervenciones feministas han privilegiado, entre otras líneas de investigación, la crítica y reconceptualización de ciertas nociones y categorías claves del pensamiento político occidental que detrás de una pretendida “universalidad” han favorecido la exclusión de las mujeres de la política. Al respecto, una de sus empresas más importantes fue poner en tela de juicio el postulado liberal que sostiene la separación y oposición entre la esfera pública y la esfera privada/doméstica y los lugares asignados en una y otra a los varones y mujeres respectivamente. Asignación que negaba a las mujeres su intervención en el mundo político. Dicha revisión por parte de las académicas feministas⁴ expuso el carácter sesgado del concepto de individuo y habilitó a la esfera privada/doméstica (y a lo que en ella sucede) como un ámbito relevante para la reflexión política. De esta manera, se hizo más compleja la idea de la política al incluirse en ella dimensiones y problemas que hasta entonces no eran considerados de su interés por ajenos, extraños o impropios.

Para pensar la acción política de las mujeres resultó muy valioso un trabajo pionero de la historiadora feminista Temma Kaplan⁵ dedicado a explorar una serie de movilizaciones femeninas que tuvieron lugar en Barcelona entre 1910 y 1918. Allí la autora desarrolla el concepto de “conciencia femenina”. Es un término que alude al reconocimiento de lo que una clase, una cultura y un período histórico esperan de las mujeres, y crea un sentimiento de derechos y obligaciones que se convierten en la fuerza motriz para acciones diferentes. Si bien lejos de cuestionar la división sexual del trabajo la refuerza y coloca entonces a las mujeres como las primeras responsables de la conservación de la vida de sus hijos, la de sus familias y las de su comunidad, para Kaplan esa conciencia femenina puede llevar a las mujeres a realizar acciones políticas radicales cuando esas vidas fueran puestas en peligro. La potencialidad de la conciencia femenina para transformar en subversivas las conductas de las mujeres resultó crucial para dar cuenta de los originales modos en que las mujeres de la Agrupación Evita politizaron sus actividades, entendidas en un primer momento como simples tareas de asistencia. Con la intención de brindar una “muestra” de cómo esos hilos se hicieron presentes en la investigación me permito la cita:

“Una mujer soltera siente que sin un hombre al lado es ‘menos’; otra, casada, denuncia que su marido, un militante, no la dejaba ir a las reuniones de la agrupación porque debía quedarse con sus hijos y además, para qué, si no iba a entender nada. Una mujer ya sabe que tiene derecho exigirle a su compañero que no lleve a sus amantes a la casa que comparten y otra dice estar preparada para

³ Castells, C. (1996) “Introducción”, Castells, C. (comp.). *Perspectivas feministas en teoría política*. Barcelona: Paidós, p. 10.

⁴ En este aspecto, entre las lecturas que inspiraron el “diseño” de la investigación debo destacar las siguientes: Castells, C. (1996), *op. cit.*, y de esa compilación sobre todo el artículo de Carole Pateman “Críticas feministas a la dicotomía público/privado”, pp. 31-52. También el trabajo de Fraser, N. (1993) “Repensar el ámbito público: una contribución a la crítica de la democracia realmente existente”, en *Debate feminista* 7 (4): 23-58.

⁵ Kaplan, T. (1990) “Conciencia femenina y acción colectiva: el caso de Barcelona, 1910-1918”, en Amelang, J. y Nash, M. (coords.) *Historia y género: las mujeres en la Europa moderna y contemporánea*. Valencia: Alfons el Magnànim-Universidad de Valencia, pp. 267-295.

Historia política: desafíos de su escritura actual, a partir del ejemplo concreto

no soportar más que Juan, su esposo, le grite y le pegue. Estos planteos personales se asumieron como cuestiones políticas que podían ser pensadas, consideradas y tratadas como parte de la agenda de la agrupación. (...) Entre mate y mate, en los resquicios de una charla doctrinaria, en los descansos de las tareas del frente, las mujeres charlaban sobre los problemas que las aquejaban cotidianamente, ya a ellas, ya a sus familias, ya a su comunidad, y al hacerlo comenzaban a modelar su conducta política. De este modo, la conversación —esa zona media entre la vida pública y la vida privada, como señala Benedetta Craveri— se constituyó en el hilo a través del cual las mujeres hilvanaban sus experiencias con las de sus compañeras, tejiendo de ese modo una trama colectiva en la que se cruzaban y enlazaban lo personal y lo político. Fue el medio a través del cual comenzaron a salir a la superficie las molestias, el inconformismo de la vida diaria, las preguntas por el trato recibido y también los deseos, las aspiraciones.”⁶

El cordel (británico especialmente) de la historia social supo darle carácter al tramado. Quizás esta costura entre política e historia social pueda resultar una falla de confección a los ojos de aquellos que defienden la autonomía de la política respecto de otras esferas de la vida humana; de hecho buena parte de la renovación de la historia política fue posible por esa consideración. Sin embargo, como lo ha señalado Hilda Sabato⁷ en uno de sus textos sobre la política argentina en el siglo XIX, fueron los historiadores sociales británicos de cuño marxista como E. P. Thompson quienes dieron la primera puntada para pensar la participación popular sin los condicionamientos de las determinaciones estructurales.

Ante la mirada de otros se tratará de un hilo pasado de moda, poco glamoroso. No es este el lugar para hacer un balance de la historia social,⁸ pero aun reconociendo su alicaída presencia historiográfica, o *en estado frágil* a decir de James Amelang,⁹ mantiene su potencialidad al conservar una de sus fibras distintivas: su apuesta por reconstruir la(s) experiencia(s) de la “gente corriente” y la de intentar entender a esa gente en el pasado que le tocó vivir.¹⁰ Así lo señaló Thompson en el prefacio de su más importante obra, que este año cumple cincuenta años:

“Trato de rescatar al pobre tejedor de medias, al tundidor ludita, al ‘obsoleto’ tejedor en telar manual, al artesano ‘utópico’, e incluso al iluso seguidor de Joana Southcott, de la enorme prepotencia de la posteridad. Es posible que sus oficios artesanales y sus tradiciones estuviesen muriendo. Es posible que su hostilidad hacia el nuevo industrialismo fuese retrógrada. Es posible que sus ideales comunitarios fuesen fantasías. Es posible que sus conspiraciones insurreccionales fuesen temerarias. Pero ellos vivieron en aquellos

⁶ Grammatico, K. (2011) *Mujeres montoneras. Una historia de la Agrupación Evita, 1973-1974*. Buenos Aires: Luxemburg, pp. 88 y 93.

⁷ Sabato, H. (2007) “La política argentina en el siglo XIX: notas sobre una historia renovada”, en Palacios, G. (coord.) *Ensayos sobre la nueva historia política de América Latina, s. XIX*. México: El Colegio de México. Este artículo fue consultado en la sección “Biblioteca” del sitio web *Historia política.com* vinculado al Programa Buenos Aires de Historia Política del Siglo XX.

⁸ Sobre un estado de esta subdisciplina puede consultarse el dossier “¿Qué entendemos hoy por historia social?” preparado por la revista *Historia Social* 60, 2008, pp. 129-252.

⁹ Amelang, J. (2008) “En estado frágil”, en *Historia Social* 60, pp. 131-138. En este artículo advierte sobre la responsabilidad mayor de los historiadores, la de ser críticos: “Porque precisamente este sentido crítico se encuentra asediado hoy en día por un conjunto de enemigos poderosos, desde los terribles simplificadores de los medios de comunicación que intentan vendernos un mundo fantasioso de buenos y malos, hasta los cínicos hiper-sofisticados que esconden una profunda desconfianza en la humanidad bajo el discurso del relativismo y la negación de valores tan básicos como la solidaridad”.

¹⁰ Sharpe, J. (1991) “Historia desde abajo”, en Burke, P. (ed.) *Formas de hacer historia*. Madrid: Alianza Editorial, pp. 38-58.

Historia política: desafíos de su escritura actual, a partir del ejemplo concreto

tiempos de agudos trastornos sociales, y nosotros no. Sus aspiraciones eran válidas en términos de su propia experiencia; y, si fueron víctimas de la historia, siguen, al condenarse sus propias vidas, siendo víctimas.”¹¹

Y su propuesta no ha perdido ni su vigencia ni su belleza. La historia social sigue ofreciendo inspiraciones y herramientas para construir *una historia social de la política*, es decir, una aproximación a la política desde los sujetos y sus experiencias. Así, en la investigación me propuse dar cuenta de las prácticas y las *pláticas* que las responsables del frente y las mujeres de los barrios mantuvieron –no sin tropiezos y contramarchas– en el ámbito de la agrupación; experiencias, en definitiva, que provocaron novedosos aprendizajes políticos en sus militantes que les permitió a varias de las involucradas revisar críticamente sus relaciones cotidianas e íntimas y reelaborar sus roles en la militancia.

Para terminar esta costura de la historia social debo señalar, por sus afinidades intelectuales y políticas para con ella, el aporte de la obra de Raymond Williams.¹² Su mirada histórica sobre la cultura y sus categorías de *lo dominante*, *lo residual* y *lo emergente* fueron muy útiles para identificar cómo operaron ciertas tradiciones y postulados del peronismo sobre la participación política femenina en la agenda de la Agrupación Evita y hasta qué punto Montoneros trajo nuevos significados y valores para pensarla, como también lo fue para detectar nuevas prácticas y nuevos tipo de relaciones que se forjaron en el seno del frente montonero.

Finalmente, el hilo de la historia oral. Éste le dio relieve al tejido al recuperar las experiencias y las subjetividades de las mujeres de la agrupación. La historia oral ha sido una aliada inestimable para el desarrollo de una historia que pretende restituir a las mujeres su lugar en ella. Y a su vez esa demanda ayudó a la consolidación de las fuentes orales como herramientas válidas para el trabajo historiador. Ese intercambio ha permitido recuperar la experiencia histórica de las mujeres cuyas vidas han transcurrido mayoritariamente “olvidadas por la palabra escrita”.¹³ Y en ese ejercicio se logra correr a las narrativas femeninas de los márgenes –tomando las palabras de Daniel James– que suele ocupar en los relatos históricos dominantes.¹⁴

En mi “caso concreto”, la historia oral, utilizada como una metodología, reservó el mayor aprendizaje realizado en el proceso de investigación: hacer entrevistas. Es decir, aprender a escuchar a otras y otros. Se trató del mayor desafío que enfrenté. La capacidad de escuchar implica, como señala Elizabeth Jelin, concretar un “acto creativo de diálogo” en el cual el entrevistador demuestre una “capacidad para interrogar y expresar curiosidad por un pasado doloroso, que también tengan capacidad de compasión y empatía. (...) Se requieren entrevistadores y escuchas sociales comprometidos no solamente con ‘preservar’ sino también atentos a los procesos subjetivos de quien es invitado a narrar”.¹⁵ Por otra parte, no resultó una tarea sencilla. Pero las lecturas de los textos referenciales de la temática, la charla con otras/os investigadoras/es más experimentados en la realización de entrevistas y la práctica del ejercicio mismo colaboraron en la concreción de diálogos en los cuales mujeres –y también varones– me contaron buena parte de sus historias para que yo pudiera contar la mía.

Con todos estos hilos, enlazados unos con otros, busqué reconstruir una historia: la de un grupo de mujeres que hizo política en los convulsionados tempranos años setenta de la Argentina. Una historia que dio cuenta de los modos en que esas mujeres –dirigentes y

¹¹ Thompson, E. P. (1989) *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Tomo I. Barcelona: Editorial Crítica, p. XVII.

¹² Williams, R. (1988) *Marxismo y literatura*. Barcelona: Península.

¹³ Perrot, M. (1992) “Haciendo historia: las mujeres en Francia”, Ramos Escandón, C. *Género e historia*. México D.F.: Instituto Mora, UAM.

¹⁴ James, D. (2004) *Doña María. Historia de vida, memoria e identidad política*. Buenos Aires: Manantial.

¹⁵ Jelin, E. (2006) “La narrativa personal de lo invisible”, en Carnovale, V-, Lorenz, F. y Pittaluga, R. (comps.) *Historia, memoria y fuentes orales*. Buenos Aires: CeDInCI-Memoria Abierta, p. 69.

Historia política: desafíos de su escritura actual, a partir del ejemplo concreto

simpatizantes de la Agrupación Evita– al calor de las experiencias vividas en la cotidianeidad del trabajo político revisaron la agenda oficial del frente para incorporar cuestiones “personales” que hasta ese momento no formaban parte de sus primeros objetivos. Una historia en la que no faltaron los conflictos y los desencuentros: entre unas y otras, y entre ellas y los otros (maridos, novios, dirigentes montoneros, políticos de turno). Una historia que les permitió revisar críticamente sus relaciones familiares y de pareja y cuestionar sus roles en la militancia. Una historia que atravesada por otras supo iluminarlas.

Hoy la historia política goza de un lugar privilegiado en la historiografía local. Su reposicionamiento aconteció en pleno estallido de la Historia y es en parte fruto de ello. Esa disgregación permitió la emergencia de múltiples preguntas, aproximaciones y métodos que ha enriquecido el campo de la Historia y lo ha vuelto más refinado. Pero a su vez afectó de alguna manera su confianza y sus aspiraciones explicativas. La invitación a participar de este dossier ha renovado mi convicción de que sólo a través de una práctica historiadora dispuesta al diálogo entre los distintos fragmentos en que se encuentra desperdigada posibilitará que la Historia recupere, aún en la certeza de su incertidumbre, algo de aquella tenacidad por entender el mundo.